

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Pesetas

Mes..... 1  
 Trimestre..... 2,50  
 Semestre..... 5  
 Año..... 10

PROVINCIAS

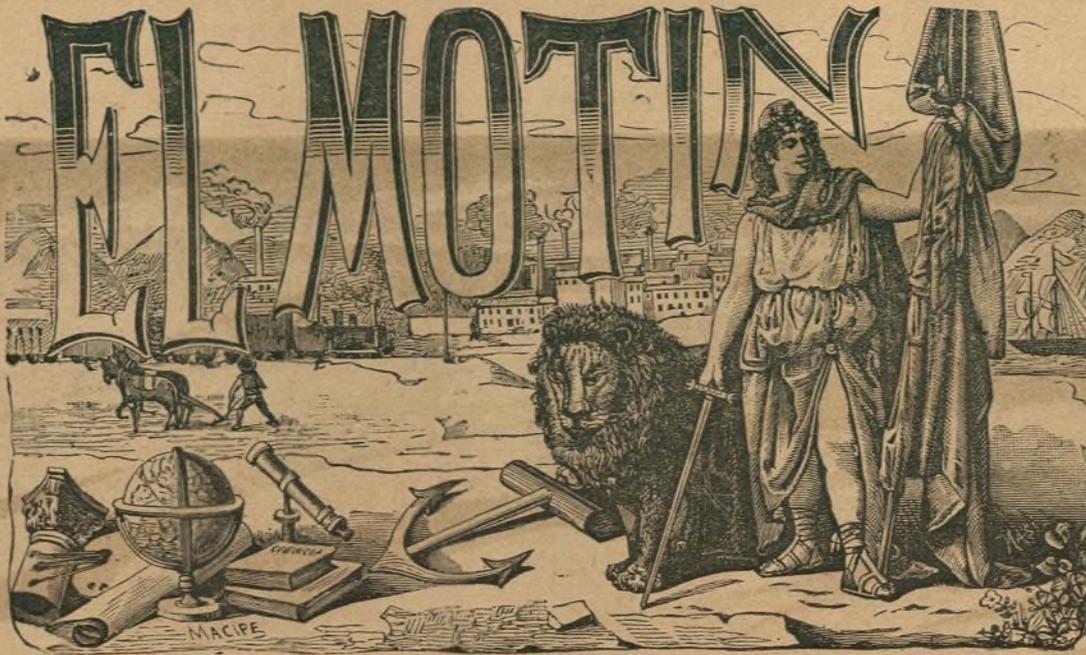
Tres meses..... 3  
 Seis..... 5,50  
 Año..... 10  
 Extranjero y Ultramar... 3 pesos

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN. 2,50  
 Idem del Suplemento.... 0,75

NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.



ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria calle del Obispo, 55.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LA LEYENDA DE PI

La elocuencia de los hechos es grande, pero la de los números es mayor. Hablen primero los números y los hechos después.

CONSTITUYENTE FEDERAL DEL 76

|   |            |
|---|------------|
| Diputados republicanos, sin las actas dobles y triples..... | 329        |
| Que lo habían sido en otras legislaturas.....               | 13         |
| <b>Total.....</b>   | <b>342</b> |

¿Qué situación ocupan hoy esos ex diputados?

|                        |     |
|------------------------|-----|
| Fieles á Figueras..... | 54  |
| A Castelar.....        | 45  |
| A Pi.....              | 22  |
| A Salmerón.....        | 17  |
| Independientes.....    | 95  |
| Fallecidos.....        | 109 |

Total igual.... 342

¡Veintidós con Pi! ¡Cinco más que con Salmerón, que no asusta á nadie con su colosal partido! ¡Qué leyenda la del Sr. Pi, y cuánta falta hacía echarla por tierra! De los diputados, pasemos ahora á los hombres de acción y prestigio.

¿Cuántos están con Pi? Exceptuando á Gálvez, cuya adhesión es condicional, y aún así muy dudosa, no conozco á ninguno.

Todos los que se distinguieron por su influencia en sus localidades ó mandaron partidas sublevadas, todos dejaron á Pi.

Dulong en Aragón; el Ních de las Barraquetas, Deu y Amat en Cataluña; todos los de la provincia de Tarra-gona; Cabalote, El Enguerino, Granell, y el maestro de Soneja en Valencia; Solier, Lafuente y Jiménez en Má-laga; León Merino, Valero y Morono en la Mancha; los de Cádiz; Leiva en Córdoba; los de Béjar; Alberto Ruiz en Logroño; los de Navarra.

En el mismo Madrid, ¿qué hombres conocidos de acción tiene? Ni con uno de los antiguos prestigios cuenta. ¿Y ese es el hombre, el político, el estadista que tanto ruido mete con la coalición de partidos organizados?

¡Partidos organizados! Pero ¿lo tiene él? Sin hombres de acción, ni de historia, ni de talento, salvo algunas excepciones, ¿qué partido es el suyo? ¿O cree Pi que basta su nombre para componerlo?

Hablando con la franqueza que me es propia, diré que no hay entre los republicanos un partido verdaderamente organizado, y que en este punto todos nos podemos llamar de tú.

Hay agrupación republicana, que Pi en su soberbia y sus odios judaicos desprecia, que cuenta con más adeptos en una provincia que Pi en diez de las que cree mejor organiza-las; y provincias hay de las más republicanas y demo-cráticas donde no suma una docena de partidarios. Y no faltan algunas donde sólo cuenta con uno que otro com-ité rural, sin adepto alguno.

¡Partido organizado el piísta, cuando no tiene organi-zada regularmente, en serio y de verdad, ni una sola de las provincias de España!

No he querido descubrirlo hasta ahora, porque confiaba en que Pi cayera de su burro y sumara sus fuerzas á las demás republicanas, sin exigencias inaceptables ni pretensiones ridículas, para acabar juntas con el ene-migo común; pero en vista de que se agarrá á ese pre-texto para no adherirse á la coalición de la prensa, es-toy en el deber de decirle:

Lo de partido organizado es una fíjja que usted man-tiene, á sabiendas de que lo es, para engañar á los fede-ales que le siguen, y hacer el bú á los demás republi-canos y á la monarquía.

Y una vez demostrado que su partido es, poco más, poco menos, una agrupación parecida á cualquiera de las que usted menosprecia, ¿á qué viene ese pedantesco orgullo, á qué esas exclusiones que sólo sirven para man-tener viva la desunión?

¿Es que teme usted perder la pureza del dogma pactista, de que se olvidó tantas veces y renegó alguna, si une lisa y llanamente sus fuerzas á las demás republicanas, para el fin común? ¿Ó es que sospecha que sus fede-ales abdicarán del pactismo al ponerse en contacto con los que no aceptan esa monserga que ni usted mismo ha definido dos veces de igual manera?

Convengamos, pues, en que eso de partidos organiza-dos, que, como usted sabe, no existen en la verdadera acepción de la palabra, lo ha inventado usted para no ir á parte alguna y disculparse ante los suyos de su falta de fe revolucionaria.

Porque no creo que después del ridículo de la Asam-blea pactista se atreva usted á hablar en serio de la or-ganización de su partido. ¡Menos de un centenar de vo-tos trajeron en sus actas los representantes de la federal Valencial! Y llovía sobre mojado; pues trescientos y pico llevaron á la de Zaragoza los elegidos por Barcelona, y esto en los mismos días que allí se nombraban comi-tés de orgánicos por 1.200 votos.

Por estas razones, no alce usted tanto el gallo, señor Pi, y haga todo lo posible porque sus mismos sectarios no se enteren de que tiene usted al partido desorganiza-do, sin unidad, ni cohesión; y que, contando con fuerzas y vitalidad propias, perecerá el día que usted se digne abandonar este planeta, pequeño para contener su am-bición.

Y perecerá, porque lo ha convertido usted en instru-mento de su soberbia, en vez de hacerlo servir al bien de la República, y, por consiguiente, al de la patria.

PACO I, PAPA

¿Ligeramente encorvados? No, que eso es irreverente. ¿De rodillas? No, que es poco aún. ¿Arrastrándose? Sí; pero á condición de besar el suelo que su planta huella.

Esto han decidido varios piístas que debe hacerse con su jefe, en prueba de dignidad y democracia.

En vano algunos periódicos, *La República*, de Ma-drid; *La Avanzada*, de Barcelona, y *El Federal*, de Reus, entre ellos, protestan de esa doctrina, que rechazaría por humillante el propio Fernando VII. Los cor-tesanos del Pontífice Paco lo han dispuesto así, y hay que bajar la cabeza.

No hacía más el rey Pipino cuando en la opereta bufa *Barba Azul* regulaba las genuflexiones de los suyos, y al preguntarles ¿qué hora es? exigía que le con-testasen: «La que vuestra majestad disponga.»

Me ha sido necesario verlo para creerlo. Mas ¿qué di-go? Lo he visto, y no lo creo. ¡Un partido democrático declarando indiscutible, insustituible é infalible á un jefe! ¡Los partidarios de todas las autonomías renun-ciendo á la primera, á la del criterio propio! ¡Los de-fensores del pacto, pactando consigo mismos la sumisión á la voluntad ajena! Ni D. Carlos aceptaría de los suyos semejante humillación, ni los suyos tolerarían esa exi-gencia á D. Carlos.

Ya lo ven los federales. Toda esa balumba de auto-nomías con que su jefe los abruma sólo tiene un objeto: el de exigirles una disciplina que ni al militar se le im-pone, pues éste puede llegar hasta el rey en representa-ción de su agravio; convertir en iglesia cerrada, con dog-ma indiscutible y Pontífice infalible, la doctrina demo-crática, de que se llaman los piístas legítimos represen-tantes; trocar en cunucos de la inteligencia á los que se creían partidarios del libre examen.

¡Qué servilismo por una parte! ¡Cuánta soberbia por la otra! Y ¡qué insensatez por ambas! Sólo les faltaba establecer la Inquisición piísta para quemar á los impíos, herejes y relapsos que negasen el dogma de la infalibi-lidad del Pontífice. Pero ¿qué hablo de establecer, si ya la tienen en la medida que les es dable, y yo soy la pri-mer víctima de su intolerancia?

¡Desdichado partido pactista, y á qué triste situación

le ha traído Pi! ¡El, que ama la discusión, teniendo que aguardar la encíclica de don Francisco para saber qué ha de pensar! ¡El, que ansía el movimiento redentor, condenado á la inacción suicida! ¡El, que ama la frater-nidad, reducido á alimentar el odio!

Mentira parece que las malas pasiones de un político y las complacencias de una camarilla, puedan imponer á una masa de hombres dignos, valerosos y consecuentes absurdos como el de la deificación personal, y hacerle creer que es disciplina lo que es solamente humilla-ción y servilismo.

Pero ¿de qué me extraño? El hombre que ha califica-do al noventa por ciento de los republicanos de traido-res, al ciento por uno de ingratos, y al ciento por uno de concupiscentes, y no se le han ido todos encima, tie-ne derecho á menospreciarlos y humillarlos proclamán-dose Pontífice infalible.

CONFITEOR

Lo reconozco, aunque tarde. Cometí una torpeza im-propia de mi reconocido y avasallador talento al escri-bir el artículo publicado en EL MOTÍN el 18 de Agosto.

Un párrafo me ha perdido. Sin él podía haber dicho impunemente de Pi cuanto se me hubiera antojado, co-mo lo he hecho en varias ocasiones, sin que se alborota-se el gallinero. El párrafo es este:

«Sí, ¿qué ha hecho usted de aquel partido que asombraba por su entereza y se imponía por su número? ¿Qué hombres, de los muchos de talento que formaban en él continúan hoy á su lado? Quitando Benot, que no tiene su tiempo para perderlo en mudar de partido, ocupado como está en sus estudios científicos, ¿qué hombre de im-portancia lo reconoce á usted por jefe? Ninguno. Porque no creo que tenga usted por tal á ese señor Vallés y Ribot, parodia ó caricatura de Moret dentro del federalismo.»

A continuación, y para demostrar que no negaba la posibilidad de que los eminentes desconocidos piístas llegasen á asombrar al mundo con sus hechos, pues de menos, ó de lo mismo, diz que nos hizo Dios, de la nada, añadí este párrafo, notable por su sinceridad y hasta por su matiz adulador:

«Los que le quedan, podrían resultar mañana oradores á lo Castelar, diplomáticos á lo Bismarck, hombres de Estado á lo Gladstone; mas hoy por hoy no son mas que unos caballeros particulares cuyos modestos nombres se exhiben de vez en cuando en algún documen-to oficial, cual si fueran una especie de ministros responsables de D. Francisco I el Impasible.»

Pero no me valió; y cayeron sobre mí furiosos casi todos los periódicos piístas, algunos comités y varios casinos. Solo el Consejo federal permaneció neutral y sereno en este caos de vanidades en ebullición.

Al principio, lo confieso, quedé como aturdido. ¿Qué habré hecho, pecador de mí, exclamé, para que así me traten? ¿Acaso es la vez primera que juzgo duramente la conducta de D. Francisco sin que nadie se crea obliga-do á salir á la palestra á defenderlo?

*Apuar, cielos, pretendo...*

Y no dije más, porque sin duda los cielos, asustados de la parodia que iba á perpetrar, hicieron brotar en mi bien organizado cerebro la idea de que todo se debía al desdichado parrafito, y prorrumpí sollozando:

¡Ahora lo comprendo todo!

¡Qué torpeza, señor, qué torpeza la mía, mejor dicho, qué distracción! ¡Herir en lo vivo á tanta medianía pre-tenciosa, á tanto ambicioso de campanario! ¡Traer al mundo de la realidad á tanto Sancho aspirante al go-bierno de insulas! ¡Cometer la profanación de decir que en el partido piísta hoy muchos soldados bravos y pocos oficiales instruidos!

Los que por Madrid pululan mirando con secreto re-gocijo los ministerios, el gobierno civil y la casa de la villa, futuros teatros de sus soñadas grandezas, y los que por provincias vegetan llevando escrita, á modo de je-roglífico egipcio, la credencial de ministro en sus pati-llas, ¿cómo habían de perdonarme el haber dudado de su importancia política, cuando creen en ella el sereno de su barrio, la criada de su casa, el aguador y el mo-zo que les sirve el café los domingos?

# EL MOTIN



La constante pesadilla de los restauradores.  
Ayuntamiento de Madrid

Nunca. ¡Guerra al atrevido que no reconoce su talento colosal y se atreve á esparcir la infame calumnia de que Cala, Sánchez Yago, Antonio Guerrero, Rispa, Chfes y otros zascandiles por el estilo valen más que ellos! ¡Abominación contra el que elogia al partido y niega valía á los que hoy lo dirigen á falta de otros mejores!

Mientras se trató de D. Francisco, ninguno se inquietó. Y se comprende: el que más y el que menos está conforme en su fuero interno con los cargos que le hize.

Pero les aludí, haciéndoles favor todavía, y ¡aquí de Dios, que profanan el templo! Gritan, vociferan, escandalizan, tratan de hacer tragar á la masa federal la filfa de que al atacar á Pi la he atacado, como los curas hacen creer al pueblo que el censurarles es insultar á Dios; sacan el cristo (D. Francisco), lo ponen por pantalla de su amor propio herido, y apelan á todas las armas, por bajas é innobles que sean, para atacarme...

Pero no me quejo. Cometí una torpeza y la pago: la lógica y la justicia lo quieren así. No me hubiera ocurrido nada si me limito á censurar á Pi, aun cuando lo hubiera hecho con más acritud que otras veces.

Compañeros en el periodismo, que lucháis pidiendo consejos á la convicción honrada, escarmentad en cabeza ajena, en la mía, y...

¡No ataquéis jamás á los pequeños!

Á PALABRAS NECIAS...

Leo en *El Resumen*:

«A los que han salido á defender la infalibilidad política del señor Pi y Margall contra nuestro colega EL MOTIN, no creemos que les queden muchas ganas de seguir en la demanda.

Pepe Nakens, el distinguido escritor que dirige aquel popular semanario, arremete en su último número con los alabarderos del pontífice pactista, y los pone buenos, pero buenos, pero buenos.

Es verdad que alguno de los amigos del Sr. Pi y Margall había dirigido á Nakens acusaciones tan indignas como la de que estaba pagado por los conservadores.

Ahora se ha puesto en moda decir lo mismo de todos los periodistas que no damos gusto á ciertos personajes.

Sabido es que Pi y Margall trae sin sueño á los conservadores, que no se atreven ni aun á desear el gobierno mientras no se deshagan de un enemigo tan terrible.

Nakens la ha emprendido con Pi y Margall.

Luego Nakens está vendido al oro conservador.

Contra este modo de discursar y contra este género de ataques no debe acudir más que á las autoridades municipales de las respectivas poblaciones.

Pidiéndoles que cumplan con lo mandado sobre el uso de bozal y aplicación de la morella.»

No; no por Dios, querido colega; que yo no quiero la muerte de los mentecatos, sino que se arrepientan y vivan.

Seamos tolerantes con las debilidades humanas, y con las de los extraviados más. ¿Qué sería de ellos si los tratáramos como se merecen?

Lo que ha pasado en este asunto ya lo explico en otra parte. Unos cuantos caballeros, mal avenidos con su oscuridad modesta, creyeron que esta era la ocasión de darse á conocer, y temiendo, y con razón, que no se les presentara otra, la agarraron por los pelos.

No pudiendo defender con razones al pobre D. Francisco, apelaron á la injuria y la calumnia, creyendo que iba yo á perder los estribos y apartarme de mi línea de conducta para justificarlos de falsas imputaciones.

Pero no contaron con que, viejo ya en las lides del periodismo, sé tomar las cosas como de quien vienen, y me paso por donde debo los ataques que no merezco; que no ha de estar el hombre serio y digno á merced del primer necio que le salte en la mollera juzgarle injustamente.

Hubiera preferido, sin género alguno de duda, que me atacasen con algún sentido común; con el que buena mente tuvieran, pues yo no pido nunca gollerías, ni á nadie lo que no tiene; pero ni aun eso ¡ay! me ha sido concedido por los píftas de estado mayor. ¿Qué vulgaridades en sus ataques! ¡Qué groseros en la expresión! ¡Cuánta estolidez y qué falta de inventiva! Momentos ha habido en que, interrumpiendo por un instante la compasiva sonrisa con que leo las procaécidas píftas, he exclamado con vehemencia: «¡Imbéciles! Debían haberme contestado de este ó aquel modo.»

Para que puedas, ilustrado *Resumen*, penetrarte bien de lo que digo, leo lo que sigue:

Un pífta me dice que estoy furioso porque se me ha escapado el partido federal, al que he creído tener ya dos veces entre mis manos; y esto, si no es darme patente de personaje, es confesar que ese partido es tan insignificante, que un hombre solo, y como yo, puede ponerle en tales aprietos.

Otro me llama el Rochefort español, pero asalariado, lo cual me envanece desde el punto de vista del estilo y desde otro que se relaciona con lo que le he dicho á Vallés y Ribot, sin que éste haya demostrado tener lo que á mí me sobra.

Quién afirma que estoy subvencionado por los conservadores, cuando la calumnia hubiera tenido más probabilidades de éxito habiendo dicho que por los fusionistas, que, al fin y al cabo, son los que hoy mandan.

Aquel cree poner una pica en Flandes diciendo irónicamente que alguien recuerda á *Los Descamisados* con motivo de la campaña de EL MOTIN, sin advertir que me ha elogiado muchas veces en términos rayanos á la adulación.

Todo esto es necio y asqueroso, pero no consigue indignarme, por ser á la vez torpe é inocente. Si yo me encontrase en el caso que Pi, dudaría si mis defensores se habrían confabulado para ponerme en ridículo.

Porque la verdad es que lo defienden como los católicos al Papa; rabiosamente, pero sin razón, sin lógica, y dejándose arrastrar por la fe, madre del fanatismo. ¡Y qué fe! Mayor que la de los católicos. Estos, al fin, hablan de lo de allá arriba, donde no se sabe qué pasa, y de Dios, que nadie sabe si existe; mientras los píftas hablan de aquí abajo, donde todos nos conocemos, y de

don Francisco, cuya vida y milagros sabemos todos.

¿Y qué resultado ha producido todo esto? Llegar al mayor de los absurdos; declarar indiscutible é infalible á un hombre que pasa por demócrata. Esto, y la salida de tono de ese hombre, que aspira á jefe del Estado, al responder á mis ataques, quedarán siempre como testimonios fehacientes de que ni los píftas de estado mayor (salvo siempre á la masa federal en mis apreciaciones) saben lo que es democracia, ni Pi sirve para estar al frente de un partido.

De lo de la subvención no hablemos. Sólo el que se siente capaz de venderse por dos pesetas puede sospechar que los demás lo hacen. Los que tal dicen deben pertenecer á aquellos de quienes dijo Pi en su folleto del 74 que eran traidores, ingratos, y sólo procuraban satisfacer sus apetitos.

¡Venderse! Habría que ver lo pronto que se vendían ciertos caballeros, si tuvieran la seguridad de que los compraban. Pero no hay nadie, ni aun el gobierno, que se permita hoy hacer gastos improductivos.

Que no se alaben, por lo tanto, los que cacarean constantemente su consecuencia y su dignidad, por la misma razón que las feas son virtuosas: por falta de postores.

El mérito, si alguno hubiera en ser honrado, lo tendría únicamente el hombre que, valiendo algo, sirviendo para algo, y sabiendo que le bastaría presentarse para ser admitido, permanece fiel á sus convicciones y trabaja incesantemente por el triunfo de un partido que alberga en su seno á tanto zascandil, tanto envidioso y tanto farsante, sin que su ánimo flaquee un momento, y sin que crea que merece alabanza por cumplir con el más sencillo y rudimentario de los deberes: el de respetarse á sí mismo.

EL ÚLTIMO CANTO

En un huerto de Alcira,  
creo que de naranjos,  
el ave más canora  
abrió el pico dorado.  
En trinos y gorjeos,  
lenguaje de canarios,  
cantó las excelencias  
del alpiste monárquico,  
y excitó á los gorriones  
que vuelan en su bando  
á buscar alimento  
de Sagasta en el campo.  
Dijo que son eriales,  
por plagas devastados,  
aquellos en que un día  
halló fama y regalo;  
que ya el de la República  
se convirtió en un páramo:  
cosa que voy creyendo  
pues lo deja este pájaro.  
Después, lo de costumbre  
mientras digiere el grano.  
El himno á su grandeza,  
y el modesto relato  
de sus inmensos triunfos,  
del universo pasmo.  
La gratitud que debe  
sentir el pueblo hispano  
hacia el glorioso Emilio,  
su protector y amparo,  
que con afán piadoso,  
sin tregua ni descanso,  
para curar sus males  
buscó el remedio santo  
y halló la panacea  
en forma de sufragio;  
sufragio eficazísimo,  
pues que lo ha preparado  
para su propio uso  
un partido dinástico.  
Todo esto, con pitadas  
de burla y de sarcasmo,  
á los que su honra cifran  
en ser republicanos,  
el ave más canora  
les cantó á los naranjos  
en un huerto de Alcira,  
y voló hacia Palacio.

PALOS Y PEDRADAS

Mi querido colega *La Cantárida* sigue ayudándome valerosamente en la campaña contra Pi.

No copio hoy sus notables escritos, primero por falta de espacio, y segundo, porque me elogia demasiado, y no quiero que nadie crea que trato de convertir en pedestal mío la caída de Pi.

Pero guardo los números de *La Cantárida* para tomar en tiempo oportuno los datos que me convengan, á fin de presentar al desnudo al gran mixtificador de la doctrina democrática.

Gracias por todo, valiente colega, y duro en el santón, que no estamos solos ni mucho menos.

Y, sobre todo, gran desprecio hacia los dioses menores de ese culto, que nos disparan flores por sus cuatro remos.

La calma es atributo de las almas grandes, que tienen perfecta conciencia de lo que hacen.

Bien dice Castelar en su última perorata, que el gobierno fusionista respeta y garantiza el derecho de reunión.

Para probarlo, ahí está lo ocurrido con los republi-

canos que pretendieron reunirse el jueves en el próximo pueblo de Tetuán.

Con bastantes horas de anticipación, se dió cuenta á la autoridad local de que iba á celebrarse dicha reunión; pero, al comenzar á congregarse los republicanos, en uso del perfecto derecho que les concede la ley, se encontraron con que la Guardia civil y un delegado del gobierno impedían que la reunión se efectuara, so pretexto de que, según el alcalde de Tetuán, no se le había dado parte del propósito de realizarla con la antelación correspondiente.

Los republicanos de todos matices allí reunidos, formularon por escrito una enérgica protesta, y acordaron que la reunión se celebrase el sábado.

Lo que también se celebrará sin duda por los enemigos de la coalición republicana es el celo y la frescura con que las autoridades fusionistas parece que secundan sus propósitos.

Un redactor de nuestro querido colega *La Justicia* ha celebrado una entrevista con Pi, saliendo convencido de que este revolucionario de pico ataca con todas sus fuerzas la coalición republicana.

Como que ésta es la verdadera madre del cordero. Oponerse á ella por todos los medios y apelando á todos los pretextos.

No puede decir que no quiere la coalición, porque se quedaría solo; pero la hace imposible con sus exigencias y exclusiones.

A *El Guipuzcoano*, órgano de Romero Robledo, lo han denunciado por afirmar que D. Emilio habló con la reina regente en los jardines de la Granja.

Pues caso que la entrevista se haya verificado, ninguna semejanza pudo tener con la histórica entre Mirabeau y otra reina también austriaca.

Aquél podía poner á los pies del trono la revolución que comenzaba; pero D. Emilio sólo puede ofrecer á la regente una oratoria trasnochada que concluye.

Doy las gracias á todos los colegas que hacen justicia á mis intenciones en la campaña contra el jefe pactista, y advierten que la algarada promovida es solo para matar la coalición de la prensa.

Coalición que subsiste, á pesar de Pi y sus secuaces, y subsistirá para bien de los ideales que todos defendemos.

Con la ventaja de haberse eliminado de ella los que en secreto la combatían por dar gusto á su amo y señor, ó seguir sus inspiraciones.

Hay periódico que se entusiasma ante la idea de que declaremos la guerra al infiel marroquí, por varios atropellos que ha cometido recientemente contra los españoles.

Pues si á vengar atropellos fuésemos, lo lógico era empezar por declarar la guerra á las kábilas monárquicas que tenemos más cerca.

OBRAS NUEVAS

COBA

por

LUIS BONAFoux

PRECIO: 3 PESETAS

GARROTAZO LIMPIO

por JOSÉ NAKENS

PRECIO: DOS PESETAS

LAS RUINAS DE PALMIRA

Meditación sobre las revoluciones de los imperios.

seguida de *La Ley Natural*.

por C. F. VOLNEY

Precio: una peseta.

Los suscriptores directos á EL MOTIN, y los que en adelante se suscriban, pueden adquirir estas obras, y las demás de nuestra Biblioteca, con el cuarenta por ciento de rebaja, francas de porte. Pago adelantado.

BIBLIOTECA DE EL MOTIN

LA IGLESIA Y LA MORAL, por Dom Jacobus. Dos tomos. Dos pesetas.

MORAL JESUÍTICA, ó sea *Controversias del Santo Sacramento del Matrimonio*, por Tomás Sánchez (*El Cordobés*), de la Compañía de Jesús.—Cinco pesetas.

EL JUDÍO ERRANTE. Célebre obra de Eugenio Sué. Trece gruesos tomos.—Nueve pesetas.

LA SOBRINA DEL PÁRROCO, por Pedro J. Solas.—Una peseta.

DOS CURAS A CUAL PEOR. Un tomo.—Una peseta.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.